

PROYECTO ESTUDIANTIL INTERGENERACIÓN

MEMORARÉ

N Ú M E R O ~ I

Memorias familiares e intergeneracionales

ISSN en línea XXXX-XXXX ~ 2024



MEMORARÉ #1

ISSN EN LÍNEA ### - ###
2 0 2 4

Memoraré es una revista que apuesta por la creación y la reflexión sentida, ya que, desde la curiosidad, nos acerca a los dilemas de la memoria en los entramados familiares, intergeneracionales y colectivos, comprendiendo la multiplicidad de relatos, preguntas, secretos y silencios que rodean la vida.

InterGenerAcción

integrafch_bog@unal.edu.co

Instagram: @inter_gener_accion

Programa de Gestión de Proyectos (PGP)

proyectoug_bog@unal.edu.co

(601) 3165000 Ext.: 10661-10662

facebook/gestiondeproyectosUN

Instagram: @pgp_un

http://bit.ly/biblio_PGP

Facultad de Ciencias Humanas

dirbien_fchbog@unal.edu.co

Universidad Nacional de Colombia

Cra. 45 No 26-85 Edificio Uriel Gutiérrez

Sede Bogotá

www.unal.edu.co

El material expuesto en esta edición puede ser distribuido, copiado y expuesto por terceros si se otorgan los créditos correspondientes. Las obras derivadas del contenido del presente volumen/número deben contar con el permiso del (de los) autor(es) de la obra en cuestión. No se puede obtener ningún beneficio comercial por esta publicación.

Las ideas y opiniones presentadas en los textos de esta edición son responsabilidad exclusiva de sus respectivos autores y no reflejan necesariamente la opinión de la Universidad Nacional de Colombia.

RECTOR

Leopoldo Alberto Múnera Ruiz

VICERRECTORA

Andrea Carolina Jiménez Martín

DIRECTORA BIENESTAR SEDE BOGOTÁ

Nancy Jeanet Molina Achury

DECANA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

Nohra León Rodríguez

JEFE DE DIVISIÓN DE ACOMPAÑAMIENTO INTEGRAL

Zulma Edith Camargo Cantor

COORDINADOR PROGRAMA GESTIÓN DE PROYECTOS

William Gutiérrez Moreno

DIRECTORA BIENESTAR FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

Olga del Pilar Vásquez Cruz

DOCENTE QUE AVALA EL PROYECTO

Nubia Patricia Bolívar Sánchez

Directora del departamento de Trabajo Social

EQUIPO EDITORIAL

COORDINACIÓN

Danna Kathalina García Bernal

PREEDICIÓN

Constanza Millán Echeverría

Profesora de Trabajo Social

Danna Kathalina García Bernal

Estudiante de Trabajo Social

Angela Natalia Rangel Salamanca

Estudiante de Trabajo Social

Laura Daniela Chontal Quemba

Estudiante de Trabajo Social

Diana Marcela Bocanegra Tibaquirá

Estudiante de Trabajo Social

Wendy Yarickza Pimentel Orduy

Estudiante de Trabajo Social

EVALUADORES

Eucais Olaya

CORRECCIÓN DE ESTILO PGP

Manuela Rondón Triana

Diana Consuelo Luque V.

DISEÑO ~ DIAGRAMACIÓN PGP

Fernando Rodríguez

Jose Castro Garnica

ILUSTRACIONES ~ PORTADA ~ CONTRAPORTADA

Fernando Rodríguez



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

CONTENIDO

Habitar las preguntas 6
Constanza Millán Echeverría

Editorial: estudiantes 9
Proyecto Estudiantil InterGenerAcción

**MEMORIAS FAMILIARES E INTERGENERACIONALES COMO OBRA:
 ENCUENTROS ALREDEDOR DEL CINE**

**Honrar las raíces del árbol que somos:
 narración del cineforo *El Árbol de Matías*** 14
Diana Marcela Bocanegra Tibaquirá
Danna Kathalina García Bernal

**Utopía:
 el triunfo de la memoria** 18
Laura Daniela Chontal Quemba
Wendy Yarickza Pimentel Orduy
Angela Natalia Rangel Salamanca

**ENTRE OFICIOS, HERENCIAS Y SENTIRES:
 MEMORIAS DE NUESTRAS ANCESTRAS**

«Mi obra de arte son costuritas, pero quedan muy bonitas»
Memoria de Esperanza Jiménez de García 24
Danna Kathalina García Bernal

**Palabrear y andar:
 memoria de María Arminda Puentes** 28
Diana Marcela Bocanegra Tibaquirá

Memoria de Margarita Quemba 32
Laura Daniela Chontal Quemba

CONCURSO MEMORARÉ:
CUENTOS, CRÓNICAS Y FOTOGRAFÍAS
A LA MEMORIA FAMILIAR E INTERGENERACIONAL

38

Orejas*Juan José Castro Culma*

40

Y el mar*Sofía Santacruz Valencia*

42

Seremos las últimas*Anónimo*

44

Entre carnes*María Consuelo Gaitán Clavijo*

46

La acción mínima de las agujas*Diyani Felipe Aguirre Ayala*

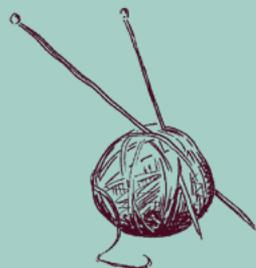
47

Contemplación*Laura Catalina Torres Avendaño*

48

Las manos de mi madre*Andrea Sofía García Parra*

49

Herencia*Laura Daniela Chontal Quemba**Wendy Yarickza Pimentel Orduy**Angela Natalia Rangel Salamanca**Diana Marcela Bocanegra Tibaquirá**Danna Kathalina García Bernal*

HABITAR LAS PREGUNTAS

CONSTANZA MILLÁN ECHEVERRÍA

Profesora del departamento de Trabajo Social
Universidad Nacional de Colombia

6

*“La primera operación de tu insomnio
es un juego de los tiempos: te revisas
y confirmas
que ni tus manos ni tus pies
se han desprendido como colas de lagartija.
Todo tu cuerpo sigue amarrado dentro de tu piel.
La otra operación de tu insomnio
no te es accesible. Es del ojo
interior
que navega dentro de tu carne. Es del ojo
que te recorre
y observa cada uno de tus órganos
y que guarda el secreto”¹*

¹ José Watanabe. *El ojo* (fragmento).

En el año 2010 cuando hacía parte de la escuela de Trabajo Social de la Universidad del Valle, luego de un gran trecho de recorrido en el Pacífico colombiano desarrollando investigaciones y acompañamientos psicosociales con familias y comunidades, en sus procesos de recomponer distintos ámbitos de la vida después de los estragos de la guerra, me empezaron a inquietar las siguientes preguntas: ¿qué pasaba a lo largo del tiempo con los hilos que ligaban las distintas generaciones durante el conflicto violento que ha acontecido en el país?, ¿cómo estos singulares hilos intergeneracionales han tejido las memorias en un contexto en el que el pasado violento, como espiral, no cesa?, ¿qué efectos, afectos y reexistencias ha entretejido dicho hilo intergeneracional?

Estas preguntas de manera obstinada continuaron interpeándome cuando las familias que conocí a inicios de la década del 2000 en Bojayá y Buenaventura me presentaban a sus hijxs y nietxs, inquietos por las herencias y legados de las memorias familiares en sus descendientes. Así, durante la realización de mi tesis doctoral, decidimos habitar estos interrogantes con las familias durante la realización de mi tesis doctoral. Encontramos que, en la vida cotidiana, el pasado se presenciaba y co-creaba entre generaciones, no solo a través de narraciones, sino también a través de distintos medios que configuraban geografías domésticas, entretejidas con un rico mundo sensorial. En estas experiencias vividas se transmitían a través del sabor, los aromas, los roces, las miradas, los sonidos de la lluvia y de los animales, memorias que tocaban ligeramente, acunaban, oprimían, sujetaban y se aprehendían entre los vínculos que construían hijas, hijos, nietas, nietos, padres, madres, tíos, tías, abuelos y abuelas.

Hacia agosto del 2023 las preguntas volvieron a interpelarme, en esta ocasión, en el marco de mi vinculación como profesora de planta del departamento de Trabajo Social de la Universidad Nacional. Así surgieron profundas y sensibles conversaciones con las estudiantes de Trabajo Social en las aulas y seminarios de las clases de Familia, Teorías Contemporáneas y en el campo de práctica. Todos estos espacios académicos convergen en la línea Configuraciones sociales de los vínculos subjetivos y familiares del Departamento de Trabajo Social.

Para habitar sistemáticamente estas preguntas y hacerlas un cuerpo con las estudiantes que conformaron esta propuesta editorial, nos empezamos a encontrar mensualmente intercambiando diálogos con autoras y autores del área quienes inspiraban nuestras reflexiones. Hacia octubre del 2023 decidimos crear el semillero InterGenerAccion, reconociendo la importancia que la potencia de la ontología relacional en la mirada sobre lo social tiene para el Trabajo Social. Abordamos lo (inter)generacional desde una perspectiva que reconoce la fuerte interdependencia e interrelación entre las edades de la vida con sus múltiples configuraciones sociales, sentidos, significados culturales y dinámicas de poder. Así como hacemos énfasis en la singular acepción que en la palabra intergeneración tiene el generar, como vocable que remite al crear, engendrar, suscitar, gestar. El semillero apuesta así por espacios en los que se produce conocimiento y se genera acción.

De acuerdo con lo anterior, en el departamento de Trabajo Social el semillero InterGenerAccion se articula a la línea de trabajo académico *Configuraciones sociales de los*

Vínculos subjetivos y Familiares, sublínea *relaciones y prácticas intergeneracionales*. Tiene como propósitos: 1) identificar cómo se configuran las memorias familiares e intergeneracionales, cómo se transmiten y co-crean en contextos de múltiples conflictos sociales; 2) reconocer, a través de diversas trayectorias familiares, cómo son transmitidas en la vida cotidiana las memorias a partir de las posiciones de género de sus integrantes y qué configuraciones del espacio doméstico suscitan; y 3) desarrollar un proceso de conocimiento y de debate público que articula de manera colaborativa diversos actores académicos (estudiantes y docentes) y actores institucionales, sociales y comunitarios.

Saludo y felicito esta bella iniciativa de la revista *Memoraré*, liderada por las estudiantes que participan en el semillero. Ellas hacen parte de un proceso en el que se entretajan y “en.red.an” habitando las reflexiones compartidas. Las ponen en acción en sus propias trayectorias vitales con sus ancestras. Las articulan con otros y otras estudiantes, docentes, mujeres documentalistas y productoras de cine sobre memorias familiares en Colombia.

En *Memoraré* las estudiantes de Trabajo Social, mujeres jóvenes, realizan una praxis de la escritura situada y afectiva, y no separan, ni escinden sus vidas personales, porque como lo han planteado los movimientos feministas desde hace tiempo, desestabilizar las fronteras entre lo íntimo y lo público contribuye a visibilizar y reconocer la potencia de las articulaciones entre las experiencias cotidianas y las luchas colectivas de las mujeres. En este documento, las estudiantes comparten pistas para derrumbar este mandato patriarcal reivindicando su integralidad como

mujeres académicas en formación, racionales y sensibles, con dolores, alegrías, contradicciones, preguntas y pasiones.

Desde la escritura, las estudiantes recuperan sus historias familiares, indagan por sus linajes a través de conversaciones con abuelas, madres, tías y reconstruyen sus rutas emocionales, territoriales y vitales como el producto de las luchas de muchas otras.

Agradezco el apoyo a esta iniciativa estudiantil de la profesora Nubia Bolívar en su rol de directora del Departamento de Trabajo Social, y como integrante de la línea a la que se adscribe el semillero. También agradezco a la profesora Eucaris Olaya en su rol de directora de Bienestar de la Facultad de Ciencias Humanas y como comentarista especializada del proceso llevado a cabo por las estudiantes. Finalmente, doy las gracias a Bienestar de la Facultad de Ciencias Humanas y al Programa de Gestión de Proyectos (PGP) del Área de Acompañamiento Integral (AAI) de la Dirección de Bienestar Universitario - sede Bogotá, quienes aportaron los recursos para que esta iniciativa fuera posible.

EDITORIAL: ESTUDIANTES

PROYECTO ESTUDIANTIL INTERGENERACIÓN

9

“Con una mano, sufrir, vivir, palpar el dolor, la pérdida.

Pero esta la otra: la que escribe.”¹

InterGenerAcción nace gracias a la coincidencia entre los caminos de mujeres que juntamos nuestro deseo de compartir reflexiones, intuiciones y saberes en torno a la memoria, la familia y el intercambio intergeneracional. Todo esto reconociendo, además, nuestras emociones y la experiencia misma de ser hijas, hermanas, amigas, estudiantes y mujeres, como elementos esenciales que nos motivan en la creación de conocimiento.

Sin tener todas las respuestas (por fortuna), escribimos sobre la memoria familiar e intergeneracional para situar la importancia de esta en la cotidianidad. Nos encontramos

con que la pregunta por la memoria suele remitirnos a esa sensación de estar perdidas, un poco huérfanas en busca de nuestro lugar, por lo cual invitamos a nuestras lectoras y lectores a reconocer que la memoria es algo que atraviesa nuestros procesos personales en los distintos entornos que habitamos y, así mismo, da lugar a compartir con otras los saberes que nos fueron ofrendados como herencia familiar.

De igual modo, nos parece importante resaltar la cercanía que todos, todas y todes tenemos con la memoria, de modo que deje de verse únicamente como un elemento “oficial” utilizado para abordar la complejidad de los conflictos que nos han rodeado como país. Escribimos para

¹ Helene Cixous. *La llegada a la escritura*.

salvaguardar la memoria, preservar las historias y anudar en el mundo académico un espacio para lo íntimo y lo familiar.

En ese sentido, nutriéndonos de los aportes del Trabajo Social en los cuales las experiencias son un punto de partida para la comprensión de la realidad que vivimos, nos inclinamos a reflexionar sobre cómo se construyen y transmiten las memorias familiares e intergeneracionales en el escenario colombiano. Esto es lo que intentamos materializar en la presente revista, *Memoraré*.

Ahora bien, ¿por qué optar por la escritura de una revista y no por otro tipo de creación? En principio se debe a que todas tenemos cierta inclinación hacia las palabras y las letras, pero también al hecho de que valoramos el lugar de la palabra escrita en el anidamiento de las memorias y aprendizajes de la vida familiar e intergeneracional, que suele reproducirse sobre todo de manera oral. Por eso, queremos generar un registro amplio y diverso de la memoria, anclándonos a las experiencias sensoriales y creativas de cada persona que hizo parte de esta publicación.

En esta obra, les presentamos algunos diálogos colectivos que tuvimos alrededor de dos películas colombianas que nos posibilitaron situar las memorias familiares e intergeneracionales como memorias colectivas, fundamentadas en la vida cotidiana y alimentadas por sentires, sueños y silencios. Posteriormente, algunas de nosotras tejimos un relato con nuestras ancestras, reconociéndonos en sus memorias como abuelas y madres e hijas. Ellas, desde sus oficios y saberes, nos han heredado aprendizajes en nuestra vida como mujeres. Finalmente, se encontrarán con cuentos, crónicas y fotografías que tomaron como inspiración el entramado familiar y los vínculos

entre generaciones, consiguiendo acercarnos a la angustia, la duda y la ternura que se anuda en las memorias de las familias colombianas.

Agradecemos a nuestras familias por la curiosidad inspirada, a las generaciones de mujeres lúcidas y arriesgadas que nos han precedido en el camino de la academia y especialmente a la profesora Constanza Millán, que nos motivó en la escritura dedicada y disciplinada de esta revista. Asimismo, damos gracias a las profesoras Nubia Bolívar y Eucaris Olaya, quienes respaldaron este proceso. También agradecemos a la Dirección de Bienestar de la Facultad de Ciencias Humanas y al Programa de Gestión de Proyectos de la Universidad Nacional de Colombia por motivar las creaciones editoriales entre estudiantes. Para cerrar, agradecemos a las amigas, amigos y participantes de nuestros eventos, que nos acompañaron a reflexionar sobre las memorias familiares e intergeneracionales.



△



MEMORÍAS FAMILIARES E INTERGENE- RACIONALES C O M O O B R A

ENCUENTROS ALREDEDOR DEL CINE

A continuación, se presentan narraciones creativas que versan alrededor de los cine-foros basados en los documentales *El árbol de Matías* y *Utopía*. Dichas obras fueron presentadas y discutidas en el marco de encuentros que tuvieron por objetivo abordar los dilemas de la creación y transmisión de las memorias familiares e intergeneracionales en el contexto sociopolítico colombiano.

HONRAR LAS RAÍCES DEL ÁRBOL QUE SOMOS:

NARRACIÓN DEL CINEFORO «EL ÁRBOL DE MATÍAS»

DIANA MARCELA BOCANEGRA TIBAQUIRÁ
DANNA KATHALINA GARCÍA BERNAL

Estudiantes de Trabajo Social ~ Universidad Nacional de Colombia ~ Sede Bogotá

Kathalina: Los procesos de construcción de memoria que se han visibilizado en las esferas académicas y público-políticas han contribuido a la consolidación de una visión de la Historia sostenida con hache mayúscula: héroes, hombres e hitos narrados oficialmente, que versan sobre las grandes guerras, los procesos de paz y los grandes momentos históricos de la humanidad.

A raíz del proceso de paz, en Colombia se ha incrementado el interés por la reconstrucción de la memoria, con especial atención a los relatos de quienes han estado en medio del conflicto armado, reconociendo experiencias complejas tanto de víctimas, como de victimarios. En estas experiencias confluyen agentes de la sociedad civil, el Estado, las fuerzas públicas

y los grupos al margen de la ley. Sin embargo, la reconstrucción de memoria ha sido en clave de las individualidades, colectividades e instituciones, lo cual pasa por alto el lugar de la familia como entramado en el que coinciden el pasado, el presente y el futuro. Asimismo, a mi parecer, se debe entender que no es la simple unión de individuos, sino que precisamente es una colectividad la que tiene la potencia de tejer la memoria colectiva anudando lo contextual, lo íntimo, lo privado, lo público y lo político.

Diana: Justo esa visión de la memoria anclada a la familia, pudimos verla en la película-documental *El árbol de Matías*, en el cual Pilar Perdomo nos cuenta cómo su historia familiar se vio atravesada por el conflicto armado. Con su

obra, nos revela el ejercicio de transmisión de la memoria intergeneracional que suscita su hijo Matías, a partir de la pregunta por la forma en la que su bisabuelo murió.

A lo largo de la película, ella recoge los relatos de su familia paterna para reconstruir lo que había pasado con su abuelo, quien fue asesinado por la guerrilla, y cómo este hecho modificó las dinámicas familiares. A la vez, presenta el relato de su primo, quien, a viva voz, narra cómo fue su inmersión en la guerra y las consecuencias de esta en su cotidianidad. Finalmente, nos presenta el proceso de Matías, un niño que, por medio del trabajo de su madre, está intentando comprender y posicionarse en el contexto político de un país como Colombia, que constantemente presenta una contradicción y transición entre la guerra y la paz.

Ahora bien, resulta interesante el reconocimiento que ella realiza acerca del lugar de las emociones como semilla para la construcción y, en algunos casos, la destrucción de la memoria y su transmisión. Por ejemplo, la profunda angustia que ella sentía por el acecho de la guerra sobre a su familia (en la que los hombres fueron quienes se vieron principalmente afectados) fue la que la impulsó a reconstruir su relato familiar. También, en el proceso de conocer las memorias, aparecieron emociones como la venganza y la rabia por la escucha de situaciones que excedieron su propio ser, pues todo lo que escuchó, en algún momento fue impensable para ella.

Kathalina: Así como su ejercicio nos muestra que las emociones contribuyen a la construcción y transmisión de la memoria familiar e intergeneracional, también nos revela que hay una retroalimentación entre las memorias construidas y el tránsito de las emociones, pues esa

venganza suscitada por los relatos se pudo movilizar y atravesar porque la memoria reconstruida visibilizó que la guerra está llena de dualidades y contradicciones, pues las personas pueden ocupar el lugar de víctimas, al tiempo que de victimarias. Todo esto, sin duda, habla de la necesidad de nutrir los procesos de construcción de memoria dándoles un lugar no marginal a las emociones en todos sus espectros.

Diana: Precisamente la creatividad del documental de Pilar yace en que logra dar cuenta de que la construcción de memoria colectiva, anclada a lo familiar, no implica el relato de una sola verdad, sino que es posible y mucho más compleja cuando se le da espacio a la contradicción de los relatos. Esto logró materializarlo por medio de la metáfora del árbol, pues con ella nos invita a comprender la reconstrucción y transmisión de las memorias como un proceso en el que el pasado es un acumulado que se enraiza, crece y llega a nosotras con sus flores y frutos. En ese sentido, la historia que nos precede es entendida como un cuerpo en el que relatos, secretos e incluso silencios que no conocemos están conectados. Además, posicionar la memoria desde esta metáfora nos plantea la necesidad de trascender la contemplación de las flores y frutos recibidos para hacerlos parte de nuestro propio cuerpo, experimentando, comprendiendo y preguntando por su origen, olores y sabores. Solo así, encontrando nuestro lugar en ese cuerpo interconectado, podemos desarrollar empatía con lo que nos es transmitido.

Kathalina: Definitivamente la metáfora del árbol es reveladora y profunda. Desde allí también se habilita la posibilidad de comprender que aquello que se transmite como un cuerpo de relatos interconectados no se puede generalizar.

En ese orden, la subjetividad de quienes transmiten y reciben activamente la memoria es fundamental para que se dé la transmisión. Por tanto, no se pueden desdeñar las emociones y las formas de aprendizaje debido a su incidencia en el recuerdo o el olvido de los relatos familiares. Así, Pilar afirma que “es fundamental estar en paz con la historia para poder transmitirla, pues el cuerpo habla y desde el dolor es muy difícil comunicar”.

Sin embargo, darle cabida a la subjetividad de quienes participan en la transmisión de la memoria no implica caer en las dinámicas del individualismo capitalista que nos ha hecho creer que nuestras memorias son apolíticas, lo que las ha convertido en fragmentos y ha nublado su importancia en la construcción de la vida familiar y social. De esta forma, reconocer la interconexión de lo individual y lo colectivo permite entender cómo el contexto modela la vida, entendiendo que aquello que pasa “afuera” nos toca irremediablemente y ahí yace la importancia de conocerlo.

Diana: Y es que la directora considera que posicionar su memoria familiar como colectiva y en un escenario público trajo consigo varios aprendizajes, pues tuvo que atravesar el pudor y la vergüenza de mirar su propia historia, mientras construía, al tiempo, la certeza de que esa historia era la de muchas familias. Igualmente, al hacerse cargo de su preocupación por las nuevas generaciones y sus nexos con el círculo de la guerra, pudo vislumbrar la necesidad de reflexionar y preguntar todo el tiempo. En sus palabras, “las preguntas dan espacio a que una conozca la realidad y contar la verdad como es, conectando así con la esperanza, incluso en un mundo en el cual se nos ha maquillado y negado la verdad”.



De esta manera, es a través de la curiosidad que se abre espacio a las historias presentes en lo cotidiano, detonando el diálogo intergeneracional. Por ello, Matías, con la curiosidad de niño que lo caracteriza, interpela a su madre a partir de preguntas sobre el pasado, dejándonos ver que la memoria familiar e intergeneracional no se teje únicamente a través de las certezas que se han escuchado, construido y repetido, sino también a través de preguntas que se renuevan constantemente y a diversos ritmos que no siguen los tiempos de un reloj.

Kathalina: Qué hermoso es darse cuenta de que los procesos de la memoria se dan en el presente, en la vida cotidiana, darse el espacio de tejer en el aquí y el ahora saliendo de los ritmos de acelere que nos son impuestos. Anudar lo recordado en lo cotidiano, según la trabajadora social Constanza Millán, conlleva la responsabilidad de concebir que las memorias trascienden lo emblemático, dejan de ser productos testimoniales para convertirse en procesos narrativos y sensoriales. En ese orden de ideas, ella nos invita a abrazar nuestra propia memoria en el escenario cotidiano, porque es allí donde conviven las diferentes generaciones y se tejen las narrativas de madres, tías, abuelas e hijas que, aunque puedan parecer poco memorables, son parte significativa de la historia colectiva.

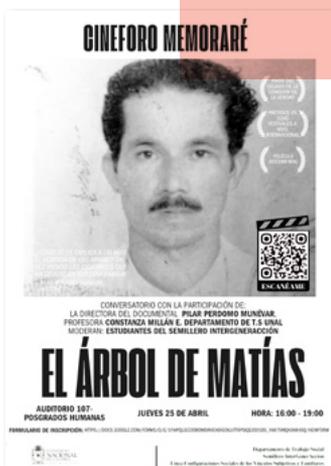
Continuando la reflexión sobre el lugar de las mujeres, el encuentro no solo permitió hablar de la importancia de sus narrativas, sino también reconocer que la transmisión de la memoria es un trabajo que asumimos las mujeres. En este sentido, Pilar se enuncia como ciudadana, pero también como hija y madre al momento de crear el

documental, lo cual permite entrever que su tejido de diálogo intergeneracional nace y crece en cuanto prevalecen los vínculos con su familia. Allí existe un intercambio sensible y cotidiano que se da en doble vía entre los integrantes del proceso de transmisión, ya que no hay una generación portadora y otra receptora, sino un proceso de coproducción de memoria.

Diana: Ahora bien, la memoria registrada por Pilar en el documental *El árbol de Matías* permite ver el entramado intergeneracional que se teje cuando se cruzan los hilos de las narrativas de su abuelo, su primo y su hijo. En este sentido, la valentía que implicó reconocer su historia familiar posibilitó en la familia el luto por la muerte del abuelo. Igualmente, habilitó un espacio para el dolor y la vergüenza que conlleva reconocer la trayectoria de vida del primo, su encuentro con la guerra y sus intentos por reinsertarse en la sociedad. Por otro lado, este proceso autorizó y legitimó el lugar de la infancia como uno que también puede y debe vivir políticamente construido desde la curiosidad de saber.

Kathalina: Finalmente, para nosotras, resulta potente ver el conflicto armado colombiano, en el cual la violencia parece no cesar, a la luz del trabajo de Pilar Perdomo. Esto dado que su documental no gira en torno a un relato ejemplarizante o de mera enunciación de desgracias, como se acostumbra a narrar la historia oficial, sino que nos permite encontrarnos con el relato de una familia atravesada por el conflicto armado. Se trata de una familia que vive un proceso que invita constantemente a la confrontación, a la pregunta, al asombro, al sentir, a conversar en ritmos de espiral e, incluso, a contemplar el silencio, el tedio y la incomodidad de lo narrado para que surja así la

memoria familiar. Pues, en estos relatos no hegemónicos, íntimos y cotidianos, podemos imaginar y crear las fugas de la violencia y de la repetición de lo vivido; además de desanudar las lealtades y “destinos familiares”, conectando así con la esperanza de construir un presente y un futuro que honre las raíces del árbol que somos.



Póster del cine-foro *El Árbol de Matías*.
Cortesía de las memorias de Pilar Perdomo.



Póster del cine-foro *Utopía*.
Cortesía de las memorias de Laura Gómez Hincapié.

UTOPIA: EL TRIUNFO DE LA MEMORIA

LAURA DANIELA CHONTAL QUEMBA
WENDY YARICKZA PIMENTEL ORDUY
ANGELA NATALIA RANGEL SALAMANCA

Estudiantes de Trabajo Social ~ Universidad Nacional de Colombia ~ Sede Bogotá

*“RECORDAR: Del latín re-cordis,
volver a pasar por el corazón.”¹*

Abrimos este texto con una cita de Galeano, porque es de quién tomamos el concepto de utopía, mencionado en una de sus anécdotas en Cartagena de Indias.

La utopía está en el horizonte. Yo sé muy bien que nunca la alcanzaré, que, si yo camino diez pasos hacia ella, se alejará diez pasos, y cuanto más la busque menos la encontraré porque ella se va alejando a medida que yo me acerco. Buena pregunta, ¿no?, ¿para qué sirve? Pues la utopía sirve para eso, para caminar, para seguir avanzando (Fernando Aguirre en palabras de Galeano, 2012, 1:09-1:32).

La relatoría de este cine-foro está estrechamente ligada con los procesos sociales y políticos desarrollados en la Universidad Nacional en el marco del paro de 2024-I. 30 minutos antes de la proyección, la ilusión de un nuevo proyecto de Universidad se unió con la utopía que busca rescatar la memoria familiar entretejida con unos sueños de país. Leopoldo Múnera fue designado como rector, respetando la expresa voluntad de la comunidad universitaria después de dos largos meses de diversas formas de lucha y resistencia.

La película fue escogida por retratar la cotidianidad que se presenta en los espacios íntimos, como una casa en la cuarentena; por reflejar la

¹ Eduardo Galeano. *Recordar*.

memoria familiar desde una perspectiva política y la manera en que influye en las dinámicas que se presentan al interior del hogar. Este encuentro entre el público, el largometraje y la directora Laura Gómez Hincapié nos llevó a desarrollar una serie de reflexiones muy interesantes, las cuales hemos decidido agrupar en tres ejes: documental, proyecto familiar-político y enfoque de género.

LAURA Y EL DOCUMENTAL

Según relata Laura Gómez, a pesar de que esta película se realiza gracias a una convocatoria que se ganaron ella y su equipo para la realización de un corto, este largometraje se fue haciendo durante toda su vida, en los viajes, lo íntimo y lo cotidiano de ella y su familia. Además, en el documental se incluyen los icónicos viajes de su padre en su juventud a la URSS y de las visitas a lugares emblemáticos de las izquierdas en Latinoamérica, algo no muy común en otras familias.

La idea del documental tuvo varios detonantes. En primer lugar, la directora se refiere a su regreso a Colombia después de vivir en Argentina por seis años. Era 2016 y el retorno a su país “fue un choque lindo”; el plebiscito, el proceso de paz, la “tusa” por el resultado del plebiscito, la conciencia colectiva del pueblo. Ella vivió este momento influenciada por todo lo observado en Argentina, en la sociedad civil, y la historia de las dictaduras en ese país. Ella era una mujer diferente para ese entonces, tenía varios ojos para observar todos los cambios culturales que se estaban dando. En paralelo, junto con su familia empezó a percibir problemas de memoria en su papá Fernando y algunos otros inconvenientes de salud. En este contexto se hizo importante hablar de todo lo que estaba pasando.

Luego de esto, surgieron nuevas conversaciones que Laura nunca había tenido con su padre sobre su adolescencia. Dentro y fuera de la cámara, ella pudo hablar sobre su interés en la Unión Soviética y los tiempos pasados de sus militancias. Allí la directora empezó a imaginarse un nuevo proyecto de película. Fue a través de la escritura, las entrevistas, y el evento culminante, la pandemia, que se fue gestando este documental. El fin de semana que se decretó la cuarentena en el país, Laura se encontraba de visita en Pereira con su madre y su padre. Tuvo que quedarse ahí y esto le permitió revivir la cotidianidad de estar con ellos y recordar las dinámicas de la casa (que, se debe resaltar, es un escenario muy importante).

Ella nos cuenta que, a pesar de no saber qué hacer con la película, realmente esta se fue haciendo con el pasar del tiempo. El plebiscito fue la semilla, luego el paro del 2019, la pandemia, y finalmente, el estallido social del 2021, se convierten en hitos relevantes. El largometraje se termina volviendo la resignificación de procesos de lucha que cuentan sus padres y su relación con los contemporáneos. Fue un primero de mayo la fecha en que Laura empezó a retratar el día a día, pues Fernando y su madre no podían salir a marchar. De allí en adelante el trabajo de Laura se congregó con el tiempo, el guion salió al día, pasando por lo político, la memoria y el encuentro intergeneracional. Ella también hacía de sonidista y camarógrafa, todo allí, en la intimidad con su familia.

De pequeña, cuando estaba en el colegio, les coqueteaba a organizaciones políticas como la JUCO. Al mismo tiempo se interesó por el cine, que, a su parecer, era un ámbito que también

involucra el aspecto político. A pesar de los sacrificios que hicieron sus padres en su momento por la defensa de un pensamiento político cuando ella aún vivía en Colombia, fue fuera del país que ella hizo una resignificación de las luchas, compromisos e implicaciones que tiene la militancia. Percibe que esto no es único de su familia sino también está presente muchas familias en la historia de Colombia. Así, esta historia íntima con su familia se convierte en un sentir colectivo. Ese algo personal en la familia se convierte en algo político.

LA MEMORIA FAMILIAR E INTERGENERACIONAL: SU LUGAR ENTRE LO COLECTIVO Y LO POLÍTICO

20

Laura inicia señalando la importancia de comprender la diferencia en el debate político, dado que sus padres no solo sufrieron el peso del estigma por ser militantes del Partido Comunista Colombiano o de la Unión Patriótica, sino también por su labor docente. Esto ocurrió también en sus relaciones familiares. Por eso, menciona otro de los propósitos claves de la película: el entender cómo las formas disruptivas de pensamiento han estado presentes a lo largo de la historia y cómo se han venido transformando a nuevas apuestas que responden al momento actual. La autora señala que las nuevas preguntas y apuestas emergentes no son contrarias a la línea de pensamiento ortodoxo en la que fueron formados sus padres, sino que corresponden a la transformación y movimiento de las ideas. Así, la utopía no es algo estático, sino que se desarrolla

en un contexto cambiante, trayendo consigo temas que van adquiriendo visibilidad con el tiempo gracias al legado de las reivindicaciones históricas como la clase, el género y la identidad étnico-racial.

Así mismo, habla de cómo la memoria colectiva se da en un proceso de co-construcción en el que surge un entretrejo entre los grandes hitos históricos, las memorias familiares y las memorias personales, de modo que se van hilando diversos tiempos y que, inevitablemente, se ve atravesado por las emociones, trayendo consigo un proceso de cuidado y catarsis. Estos sentires implican una relación con el otro, de modo que es en este espacio en el que ella propone un diálogo con la diferencia, en el que se tomen en cuenta los lugares de enunciación y se abra paso al diálogo real y la escucha.

Para cerrar, señala que, en los espacios de lucha, la familia se expande y se da lugar a otro tipo de relacionamientos sociales que se fortalecen por la cercanía. De esta manera, la idea de familia trasciende lo sanguíneo y se extiende gracias a las vivencias compartidas y proyectos de vida.

LAURA EN SU EXPERIENCIA COMO MUJER Y DIRECTORA

Laura nos cuenta cómo la realización de la película sirvió en su proceso de inspiración para encontrar respuestas que no sabía que estaba buscando. Ella narra cómo se asoma una nueva generación de hijas y sobrevivientes a las dictaduras, una nueva generación de cineastas, cuya preocupación está en lo íntimo y cotidiano. La directora relata que cuestionarse y hacerse preguntas

como “¿cuál es nuestro lugar de enunciación?”, “¿desde dónde salvaguardamos?”, “¿desde dónde hacemos catarsis con la película?” contribuye a la misma creación cinematográfica y a su proceso con la relación padre-hija.

El documental también invita a cuestionarse las formas patriarcales en las que se percibe a los hombres como los que salen a hacer la lucha, mientras a las mujeres como las que están en la casa sosteniendo el cuidado, haciendo la comida y educando a sus hijos, y señala que este aporte al entramado sociopolítico es muy invisibilizado. Ella reconoce que esto va más allá de la izquierda y está incrustado en las dinámicas sociales. De igual modo, afirma que, en la época de juventud de sus padres, el papel de la mujer era relegado, lo cual vislumbra la importancia de que su madre aparezca en la película, mostrando que las mujeres están presentes y son clave en los hogares que luchan, así como en las transformaciones sociales.

¿Y QUÉ PASÓ LUEGO?

Después del documental, Laura cuenta cómo se transformó la memoria familiar que realizó, y decide dar respuesta a esta pregunta como directora y como hija. Primero narra cómo la confrontación del rol directora-hija aparece y todo lo que surge a partir de allí. La película va haciendo eco y encontrando su lugar en colectivos de memoria, en hijos de la UP, en ideas y saberes. Va encontrando su nicho en lugares alternativos, empezando a crear y ampliar la discusión sobre la construcción y transmisión de memorias familiares e intergeneracionales entre lo público y lo privado.

Además, la directora nos contó que, cuando la película encontró su lugar, ella tuvo que renunciar a lo que sentía o presentaba. Ya la película no le pertenecía. Mientras tanto, en el territorio de lo íntimo, el documental se hizo en el tiempo justo para capturar la lucidez y argumentación que ha ido desapareciendo en Fernando. Para ella, queda una memoria individual del tiempo en el cual pudo compartir con su padre. La película es para Laura una despedida a su lucidez, pues él estará viviendo eternamente ahí, y eso es lo que le deja su obra.

[...]

Por ello pido que caminemos juntos.

Siempre con los campesinos agrarios
y los obreros sindicales,

con el que tenga un corazón para quererte.

Vámonos patria a caminar, yo te acompaño.

(Castillo, 2013, p.49)

REFERENCIAS

- Castillo, R. (2013). *Vámonos, patria, a caminar. Entre los poetas míos...* Otto René Castillo. Colección Antológica de Poesía Social, 57, 1-54. Biblioteca Virtual Omegalfa. <https://omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/cuaderno-de-poesia-critica-n-057-otto-rene-castillo.pdf> 
- Galeano, E. (30 de agosto de 2012). *Decrecimiento. ¿Para qué sirve la Utopía?* [Archivo de Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=GaRpIBj5xho> 

Δ



ENTRE OFICIOS, HERENCIAS Y SENTIRES

MEMORIAS DE NUESTRAS ANCESTRAS

En este entramado, se hilan las vidas de abuelas, madres, hijas y nietas develando la complejidad de la creación, tejido y transmisión de las memorias familiares y, en particular, de los lazos entre generacionales de mujeres en los que cohabitan oficios, herencias, silencios y sentires que sostienen la vida-muerte.

“MI OBRA DE ARTE
SON COSTURITAS,
PERO QUEDAN
MUY BONITAS”.

MEMORIA DE ESPERANZA
JIMÉNEZ DE GARCÍA

24

DANNA KATHALINA GARCÍA BERNAL

Estudiante de Trabajo Social ~ Universidad Nacional de Colombia ~ Sede Bogotá

“Aprendí que la vida es una unión de retazos, con telas negras, de chochos, de flores, unas menos rotas que otras, algunas deshilachadas. No es necesario que combinen porque en la vida no todo combina; tal vez por eso mis recuerdos aparecen como restos de telas que sobran después de coser vestidos.”¹

*“El niño – Mariposa,
vagarosa
rica en tinte y en donaire,
¿Qué haces tú de rosa en rosa?
¿de qué vives en el aire?”*

*La mariposa – Yo, de flores
y de olores,
y de espumas de la fuente,
y del sol resplandeciente
que me viste de colores.”²*

¹ Catalina Gallo. *Retazos*.

² Rafael Pombo. *El niño y la mariposa* (fragmento).

La tarde se deja ver en los rayos de sol que se cue-
lan por el velo de la cortina, iluminan la madera
de aquella máquina de coser con la que mi abuela
Esperanza ha remendado las blusas de sus nietas,
la falda de mi tía, las camisas de mi papá y los pan-
talones de mi abuelo.

Sus ojos verdes, que siempre me han pa-
recido a juego con su nombre, brillan con su
característica tenacidad al contarme sobre su
vida. Ella, la cuarta de cinco hijos, nacida un 2 de
octubre, me confiesa que el oficio de la costura
fue una herencia de su madre, mi bisabuela Trina
González, o como todos en la familia la conoce-
mos, Mamá Trina, quien, al haber sido criada por
monjas, aprendió e hizo de su vida un camino de
disciplina y orden. Fue así cómo se forjó el saber
coser como parte de los quehaceres de un hogar.

De Trina, recuerda cuando decía “es mejor
una demora más, que una carrera para volver a
comenzar” y pues así es la costura. Dice mi abue-
la que “hay que desbaratar, hacerlo por el revés,
que no queden arrugas, y si quedaron, desbaratar
y volver a empezar, es una cosa de perfección. Si
estamos de afán, no lo hagamos”. Para mí, esto es
una lección de vida.

Como su nieta, puedo ver el orden que ella
anuda en cada puntada pacientemente. A mi pa-
recer, su costura siempre ha sido su forma de cui-
darnos y ella, a su manera, reconoce que “coser
hizo que la persona que estuvo siempre a mi lado,
mi esposo, mis hijos, mis nietos, nunca tuvieran
que salir **espanchirados**, sin un botón, sin un ruel-
do, siempre iban muy bellos”, algo que puedo ver
que la enorgullece.

Ella, mientras alista los hilos y botones tras
su máquina Singer, me cuenta que fue un regalo
de cumpleaños de su hija Karen (seis años) y su

hijo Sergio (doce años), con una ayuda evidente
de Bernardo, su esposo. Aunque le resultó un
poco sorpresivo y quizás incoherente que esto
fuera de cumpleaños, le da gracias a Dios por-
que con ese regalo ella se sentía con la obliga-
ción de que no hubiera nada descompuesto en la
ropa de sus hijos, ni en su casa. Y cuando habla
de dicha “obligación”, ella me cuenta que es un
deber, pero que nadie la obliga realmente, sino
que, al haberlo aprendido desde pequeña, sabe
que, como mujer, tiene que desempeñarse en eso
y se siente complacida, nunca triste de tener que
abrir su máquina y sentarse a coser una blusa
que está descosida.

¿Cuántos años tenía cuando se encontró
con la costura? Diez años, estaba en cuarto de
primaria estudiando en el colegio Nuestra Señora
del Rosario en Funza. Cuando las monjas anun-
ciaron las clases de costura, se alegró Esperanza,
pues siempre fue una niña que amaba aprender
cosas nuevas (creo que en eso me parezco a ella),
pero parece ser que se alegró mucho más Mamá
Trina quien no solo le regaló el primer estuche
de costura que aún conserva mi abuela, sino que
además indicó que la primera costura de su hija
sería un mantel cosido en punto de cruz para el
comedor de dieciséis puestos, exactamente, el de
las reuniones familiares dominicales.

Fue así como una pequeña de crespos in-
tensos y manos aprendices se envolvió durante
varios meses en esa tela gigante a bordar. Aquel
mantel, muy lindo, resultó expuesto desde agos-
to hasta enero del siguiente año en su colegio, mi
abuela cuenta: “yo me sentía **popelina**, porque era
mi obra de arte la que jugaba allá en el colegio.
Desde ahí le cogí mucho amor a la costura”.

El oficio de la costura también la acompañó durante los 46 años de matrimonio, muy bien vividos, que compartió hasta el año pasado con mi abuelo Chopelo, “el hombre que ama, amó y seguirá amando toda su vida”. Parece que siempre en los pantalones de un hombre se descosen los bolsillos, entonces, ella le pedía ayuda a su mamá, quien le explicaba y dirigía la costura, eso facilitó el amor por su labor para que su esposo no saliera mal vestido. Lo anterior me evoca dulzura y ternura, me resulta fascinante ver que este saber es transmitido entre las mujeres de mi familia, inclinadas al orden, al cuidado y la perfección, asunto que a veces me pesa y a veces me ayuda.

La costura también hizo parte de su vida como mamá, pues los botones desaparecían de vez en cuando de las camisas del colegio de su hijo, mientras que el ruedo de la falda de su hija iba y venía, esto porque “ella no podía estar en una hora de descanso sin estar arrastrándose, entonces con el zapato vivía arrancando ese ruedo, todas las noches tocaba ‘síentese, mija’ y arreglar el ruedo”.

Mi abuela dice “no soy la qué costurera o modista perfecta, no, no me gusta hacer ropa, yo coso, son costuritas, pero quedan muy bonitas”, sin darse cuenta de que estas costuritas, retazos y remiendos hicieron de mi infancia un tejido de juegos y curiosidad. Guardo en mi mente la imagen de ella sentada en su máquina, **bregando** a enhebrar la aguja para coser alguna prenda que, en medio del juego, mi hermana, mis primos o yo habíamos descuidado. Mi parte favorita era cuando pedía ayuda para pasar el hilo por ese pequeño agujero, pues con sus manos, ahora imperfectas por la artritis (pero perfectas a mi mirada), ya no podía hacerlo con tanta delicadeza; en ese

momento, me sentía importante para ella, siempre quería hacer parte de sus obras de arte, deseo que ha perdurado.

De esas tardes acompañándola a coser, atesoró su voz chiquita, coqueta y pausada que nos relataba a mí y a sus otros seis nietos (que sé que ama con todo su corazón) las historias melancólicas de su infancia atravesada por la disciplina y la diversión, las memorias dignas de su vida en el colegio de monjas, alfabetizando e incluso deseando convertirse en una de ellas, así como de sus anécdotas en el Instituto de Crédito Territorial, la Aeronáutica civil, y la Notaría de Mosquera, lugares donde trabajó disfrutando de ayudar a los demás.

Sin duda alguna, todas las horas que hemos compartimos cosiendo prendas y palabras también me han enseñado la facilidad del cuidado y la potencia del **remiendo** cuando se deja la pereza. Mi abuela me dice que “el hecho de que una mujer sepa coser implica que no va a estar apartando sus prendas por los roticos, o porque le falte un botón; es muy fácil y muy sencillo, solo con la costura de puntada recta tú puedes sacar muchas cosas, no es que seas experta pero sí sales bien para tu trabajo”.

Ahora, a sus sesenta y seis años, vive sola aprendiendo a lidiar con esta nueva soledad a punta de palabras y preguntas que comparte con mi abuelo en el cielo. Me confiesa que se siente realizada y me comparte su anhelo porque heredemos el orden que nos inculcó, la pasión y disciplina por el estudio, pero sobre todo el amor. Ella desea, y lo escucho en su voz palpitante, “que se amen todos, que se unan y se ayuden en familia, no por obligación, sino por el amor hacia los demás miembros de la casa”. Yo solo espero que, así

como me dijo “todos mis nietos son diferentes, por eso es muy cierto el adagio que dice *todos los dedos de la mano no son iguales*, todos tienen un algo especial”, con este escrito yo pueda mostrarle a ella que también tiene un algo especial.

Te amo y te agradezco, Esperanza Jiménez de García, amada mía.

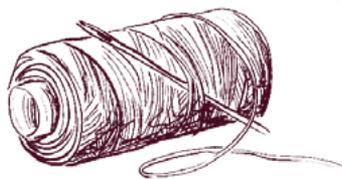
DICCIONARIO DE LA ABUELA:

Espanchirar: Sinónimo de desordenar. Estar espanchirado se refiere a estar mal vestido o desarreglado.

Popelina: Es un tipo de tela delgada, resistente, duradera y de alta calidad. Sentirse popelina, es sentirse bien, pulcra, linda

Bregar: Sinónimo de luchar, batallar, forcejear.

Remiendo: Obra pequeña que se hace para reparar alguna herida de aquello que usamos y se desgastó por descuido o distracción.



PALABREAR Y ANDAR

MEMORIA DE MARÍA
ARMINDA PUENTES

28

DIANA MARCELA BOCÁNEGRA TIBAQUIRÁ

Estudiante de Trabajo Social ~ Universidad Nacional de Colombia ~ Sede Bogotá

“Yo siempre he dicho que, si hubiera aprendido a escribir, haría una novela con mi historia. Es muy larga y complicada, mi negrita.”

Nací y crecí en el campo, específicamente en una finca que quedaba entre Saboyá y Chiquinquirá. Mi oficio en ese entonces era ayudar a cuidar los animales, estar entre los cerdos, las gallinas y los perros. No tengo muchos recuerdos de ese tiempo. Solo la vida en una finca grande donde se sembraba maíz y en medio de esos surcos: habas, frijoles o arvejas que se enredaban entre sí cuando iban creciendo. Con la cosecha, la tía Isabel preparaba arepas de maíz pelao², envueltos, masato³, mazamorra dulce y, bueno, esas

recetas del campo. Ponia el mollo sobre el tiesto porque las ollas de barro no se pueden usar en el fogón. Yo aprendí varias preparaciones viendo cómo las hacía.

1 Abuelita María.

2 Para pelar el maíz, ponían a hervir la ceniza con agua. Se ponía el maíz y luego se rebullía, se rebullía y se rebullía hasta que soltara la cáscara. Después de que quedara bien lavado, lo molían y de ahí sacaban las arepas o los envueltos.

3 Se cocina el arroz con canela y clavo, que quede abiertico. Luego se deja enfriar, se licua y se va colando mientras se pone en un mollo de barro. Lo deja unos ochos días tapado. Cuando pasen, le echa panela o azúcar y unas hojitas de naranjo. Si no tiene mollo, entonces en una caneca de pintura (pero que solo haya tenido la pintura). Aunque mejor en mollo porque el barro le da un sabor muy delicioso.

María Ismenia Puentes, mamá, era muy ruda conmigo, yo no crecí entre amor, ni escuché un “te quiero” de ella. Me daba mucho **juete**. Antes lo castigaban a uno con mucho juete, yo empecé a cogerle miedo y a volarme de la casa. No conocí a mi papá, aunque recuerdo que mamá tenía un esposo al que querían matar, lo buscaron hasta debajo de la cama. A mí no me hicieron nada, pero no sé qué habrá pasado con ese señor.

Cuando tenía siete años, por allá en 1952, nos vinimos a Bogotá en busca de nuevos horizontes. Mamá y mis tres hermanos: Anátilde, Segundo y Angelino, habían **palabreado** un trabajo en la hacienda de La Victoria, entonces llegamos directamente allá, aunque eso no duró mucho. De ahí salimos a la hacienda de San Pedro en Mosquera.

Yo llevaba una vida muy triste, estaba cansada de que no me trataran bien en la casa y me **volaba**. Muchas veces tuve que dormir en la carretera o a las orillas del río Bogotá. Dormía rico, abría un nidito y pasaba la noche. Al siguiente día me iba por ahí a caminar y llegaba donde las vecinas. Aguantaba mucha hambre, pasaba días sin comer mayor cosa. A veces, me subía al zarzo de una casa abandonada y lloraba un rato hasta que me cogía el sueño, porque me daba sentimiento no tener dónde dormir o a alguien que me ofreciera un bocado de comida, aunque había una vecina que me decía: “María, toma” y me llevaba comida al zarzo.

Mi mamá era como una bruja y siempre me encontraba, se ponía brava con ellas. “Viejas alcahuetas”, les decía.

En esas conocí a Carmen, una señora que era como mi mamá porque me cuidaba y me tenía mucha consideración. Por ella conocí mi oficio.

Como vendía hierbas, sabía de señoras que necesitaban niñas que les ayudaran con el oficio doméstico, entonces ellas me llevaban y me ponían a trabajar. La señora se hacía pasar por mi familia, andaba pendiente de que me fuera bien y siempre me ponía en buenas manos. Así iba aventurando de casa en casa, vagando por la vida solita. Como tal, de mi casa me fui a los diez años, mamá me encontró y yo, desesperada por que me pegaran, me volví a escapar. Una señora me escondió, me puso en una casa y empecé a trabajar ahí.

En algunas casas las señoras eran buenas **patronas**, en otras me trataban mal, hasta me robaban el sueldecito que yo ganaba. Cumplía un mes y luego nada, seguro ya estaban acostumbradas a tener muchachas para explotarlas. Como una vez que **hicieron perdedizo** un esfero de oro por no pagarme, me echaron, me amenazaron con llamar a la policía si no me iba y yo, como era tan ingenua, no peleé y me fui. Ese es el único recuerdo desagradable que tengo en casas de familia. Pero el mundo gira y al final llegué donde *las señoritas*, ellas fueron mis últimas patronas, me trataron muy bien, las únicas especiales, veinte años duré con mis viejitas.

Los buenos aprendizajes de la vida, la buena educación se la debo al trabajo en casas de familia; las señoras me enseñaban a hablar, la forma en la que debe comportarse uno y ahí empecé a formarme como una señorita. Respecto a mi oficio, el mayor aprendizaje es hacer las cosas bien hechas, en algunas partes me enseñaron a planchar camisas, hasta pañuelos y yo me dejaba enseñar porque a mí misma me daba pena dejar todo a medio hacer. Me gusta ser honesta en el oficio, incluso ahora en mi casa. Para mí, escuchar un “María, esto le quedó muy bien”

o “María, esto le quedó delicioso” era la satisfacción, la alegría de hacerlo.

El aprendizaje se convirtió en enseñanza. A mis hijos e hijas les enseñé eso mismo, a hacer bien las cosas, lavar, planchar y hacer bien el oficio, además de las buenas costumbres, la honradez, el camino de la religión. Yo me la pasaba trabajando, entonces fue Antonio, mi esposo, quien se encargó de enseñarles a cocinar. Pero en fechas especiales, como Navidad o Semana Santa, me gustaba preparar masato. Siento que eso me permitió una unión y cercanía con mi familia. En esas fechas están mis mejores recuerdos, incluso ahora son importantes porque se reúnen mis hijos, mis nietos, hasta los bisnietos que ahora tengo. Eso a mí me da mucha felicidad.

Ahora vivo por Tibabuyes con mi hija María Isabel, mi yerno y dos de mis nietos. Allí tengo un jardín lleno de flores y matas, de algunas ni me sé el nombre porque me gusta robarme las que me parecen lindas de la calle. Las plantas para mí son sagradas. Me siento feliz de pasar un tiempo arreglando mis maticas, hablándoles, dedicándome a ellas, removiendo la tierra. Lo que más resalta en mi jardín es el árbol de café y de rosas. El otro día una niña, vecina de aquí, pasaba y dijo “abuelita, ¡mira!, esas rosas van a llegar hasta el cielo”. Fue muy tierno. Yo creo que el amor a la naturaleza lo tengo desde pequeña, por haber crecido en el campo. A veces deseo esa vida para sembrar de comer.

Me gustaría ser recordada como una buena persona, que se lleven un buen recuerdo mío porque me porté bien con ellos. Por eso mi consejo es que lleven un buen camino en la vida, una vida sana, sin coger malas costumbres. **Manejarse bien** con las personas que los rodean,

no ser odiosos o antipáticos, sino tener buenos sentimientos. Saludar a quien le ofrece el saludo a uno, ser sencillo, hacerse querer. Lo importante es respetar para que lo respeten a uno también.

DICCIONARIO DE LA ABUELA:

Mollo: Olla de barro.

Tiesto: Círculos de metal que se ponen en las estufas de leña para evitar el fuego directo en la olla.

Juete: Palabra que define coloquialmente la acción de golpear, también era usada para asustar a los niños cuando se portaban mal.

Palabrear: Hablar, poner en palabras, acordar un asunto sin formalizarlo.

Volarse: Acción de escaparse.

Zarzo: Desván. Parte más alta de la casa, ubicada debajo del tejado.

Rebullir: Revolver, agitar.

Patrona: Persona que emplea trabajadores, dueña de la casa.

Hacer perdedizo: Lo que se pierde con intención.

Manejarse bien: Portarse bien con alguien.

Decidí escribir esta memoria en primera persona a voz de mi abuelita, cuando escuché salir de su boca las palabras que dan apertura a este texto. Gracias por el amor, las enseñanzas y por la confianza al compartir un poco de tu vida conmigo, María Arminda Puentes. Seguiré palabreando por la vida.



Abuelita María, fotografía del baúl de las memorias de Diana Bocanegra Tibaquirá

MEMORIA DE MARGARITA QUEMBA

32 LAURA DANIELA CHONTAL QUEMBA
Estudiante de Trabajo Social – Universidad Nacional de Colombia – Sede Bogotá

Es de noche, sé que ha sido un día largo para ella porque trabajó todo el día, llegó, hizo comida para los tres y además se encargó de los deberes de estudio con mi hermano, que este año se encuentra cursando cuarto grado en un nuevo colegio. Yo llegué de la universidad sobre las siete de la noche y tenía premura por conversar con ella, aunque ella no sabía de la conversación que tendríamos, pues se lo propuse quince minutos antes de iniciar. Después de lavarse la cara vino a mi habitación y me dijo que ya estaba lista.

La rutina en este nuevo hogar es agitada, sí, nos mudamos hace un par de meses y aunque ella sienta que el espacio es limitado, para mí ha sido un gran alivio. Hay algunos días con ciertos cambios de horarios, pero por lo menos hoy, que es

jueves, los tres salimos muy temprano y llegamos casi de noche. De lunes a viernes mi mamá sale a las 5:25 a.m. a coger el bus a dos cuadras del conjunto donde vivimos, llega a su trabajo una hora después y sale sobre las 4:30 p.m.

Cuando le pregunto por su “oficio” y lo que significa para ella, se muestra algo disgustada, cree que “el oficio es cuando a uno le toca”. Entonces me dice: “más que oficio es como una misión, que es cuidar de mis hijos, que crezcan como personas y seguir apoyando a mi familia materna y paterna... Y mi misión como mujer es vivir el presente sin perder el futuro”. En una sola frase mi mamá logró describir sus propósitos como persona, que se encuentran íntimamente ligados con su quehacer diario y espera que, por

ser ese apoyo para la familia, le retribuyan con respeto, amor y confianza, puesto que así siente que hizo las cosas bien con esas personas.

En cambio, la respuesta a la pregunta de cuál era su labor fue muy sencilla, no lo pensó dos veces para decirme segura que “mi labor es planear, hacer, verificar y actuar”. Este aprendizaje lo ha adquirido de su experiencia trabajando en varias empresas, no mucho de sus estudios, y sin duda lo aplica tanto en la empresa como en el hogar. Ella piensa que sus estudios en la administración de empresas, los eligió y que son fruto de la unión entre las fortalezas de su mamá y su papá, e incluso de las generaciones familiares que la han precedido. Cree que “viene de familia porque la familia viene de menos a más, a nivel académico, laboral, económico... La evolución se ve”. Afirma que las nuevas generaciones tienen una mejor experiencia de vida, de lo que doy fe, porque mi mamá nos ha dado mucho a mi hermano y a mí.

Desde los inicios de mi familia cuando nací, cuando éramos tres, y trece años después, cuando nos volvimos cuatro con mi hermano, mamá siempre ha planeado. Entonces planea la compra del carro, la compra de la casa, las vacaciones y menciona que es una herramienta muy útil con el crecimiento de los hijos. No contenta con este esfuerzo, también apoya a su mamá, a su papá y a los tres hermanos con los que ha compartido más tiempo. Ella, sin duda, cumple un rol fundamental allí. Es el apoyo de esa familia y el de la bisabuela Rosa y de uno que otro miembro de la familia “grande”. Mi mamá se reconoce como el apoyo de esa familia que la vio crecer, a pesar de que me menciona, con cierta ira y cierto dolor, que una de sus personas más queridas no piensa en la familia y, por el contrario, se encierra en sí misma.

Tal vez la hiera porque siente que ese apoyo que ella da con tanto trabajo no es correspondido. Por eso, aprovechó el momento para desahogarse.

Aunque al principio lo nombra de manera muy tímida, desde que yo era pequeña siempre he visto cómo ella se involucra y hace todo lo que esté a su alcance por su familia; en su momento, por su esposo y, sobre todo, por sus padres y hermanas. Convertirse en un apoyo para la familia le trae varias emociones. Cuenta que siente ansiedad por saber si está haciendo las cosas bien y, además, a veces esta le trae tristeza.

Mi mamá trabaja desde que era niña y siempre ha sido muy juiciosa con el estudio. Su área de trabajo es la administración y sí que tiene varios estudios en ello. Actualmente está muy orgullosa y más que todo feliz porque ha culminado un curso de auditoría que, cuenta, estuvo difícil, pero logró completar. En las últimas semanas se ha dedicado a ello y me cuenta que le gusta porque siente que se complementa muy bien con su carrera.

Los retos de ejercer esta profesión le han traído varios momentos agrídulces por ser mujer y también varias cualidades que la hacen distinta a quien era hace varios años. Por más que Margarita sea una administradora excepcional, esto no es suficiente para que su trabajo sea reconocido sin que le perjudique ser mujer y por ello le paguen menos. También, sobre la mesa de trabajo suele prevalecer la opinión de un hombre que no contempla el trabajo de ella. Es una sociedad machista y estos hechos le pesan mucho. Pero después de tanto tiempo es una mujer más segura de sí misma, su experiencia la hace más asertiva y, con cierta suspicacia, la previene ante situaciones incómodas. No por nada, cuenta, además, que los momentos más significativos que ha

tenido y que le ha dejado su profesión son los ascensos que ha logrado.

Me cuenta, viendo su trayectoria en el tiempo, que la vida son procesos y resalta la importancia de aprender a través de la experiencia. Así, la vida le ha mostrado que el carácter en una mujer es muy importante, pero para ella no se trata de hablar duro, sino de manejar las cosas de acuerdo con las circunstancias. Se debe forjar, es cierto, y no solo en mujeres sino también en hombres, respetando y sabiendo el rol de cada uno. Para ella, puede ser una herramienta que prevenga tantos casos de feminicidios y depresión.

Debo anticiparle al lector que la relación entre mamá y yo ha sido compleja. Aunque hemos tenido momentos difíciles y bastante retadores, hoy más que nunca hemos prestado atención a nuestra relación y eso es algo que debe valer. Sus formas de amar siempre han estado presentes y tienen que ver con todo en esa evolución a la que se refiere que ha tenido la familia. Antes de relatar lo que ella piensa sobre su rol como mamá, quiero agradecerle por ser quien nos acompaña y da amor a su manera.

Si en algo concuerdo con mi mamá, es en que la relación que tenemos ella y yo en la actualidad es un proceso. Desde noviembre del año pasado la familia compuesta por mi mamá, mi papá, mi hermano y yo no tuvo más cimientos para apoyarse. Mi mamá tomó la decisión de terminar con una relación de más de veintinueve años con mi papá. Hasta el día de hoy sigo creyendo que ha sido la mejor decisión que pudo tomar. La apoyo y admiro la valentía que tuvo para confrontar ese mandato de “hasta que la muerte nos separe”, que aún pesa tanto.

Mi mamá me cuenta que cumplir este rol es una felicidad donde se entrega cuerpo, mente y alma toda la vida, con todo lo que implica. Respecto a la relación que tiene con nosotros, sus hijos, menciona que “es un proceso por los excesos que cometí”. Asumir esta responsabilidad le da un sentimiento de completitud como mujer, a pesar de que deba resaltarse que no es que una mujer esté incompleta cuando no es mamá, pero ella particularmente lo siente así. Su profesión se compagina con ser madre, este lado sensible y natural en que la conexión que se establece con el cordón umbilical la invita a ser amparadora y protectora de sus hijos, como lo haría una gallina con sus huevos. Al mismo tiempo, tiene la capacidad de dominar los aspectos fundamentales, como el económico, y de establecer objetivos en común y no pensar en primera persona. Para ella, es otra forma de ver la vida.

Si pudiera dejar un legado, sería el de la perseverancia para buscar cosas que la hagan feliz, aunque considera que no lo ha hecho. Aún está segura de que si se muriera la recordarían por su disciplina, pues, como dice ella, “por más circunstancias, el trabajo y demás, siempre ha estado la constancia, nunca he abandonado mis responsabilidades con todos mis errores”. Es verdaderamente significativo para ella que las demás personas sepan que es una mujer que sigue adelante con todas las dificultades que muchas personas ni siquiera conocen.

A quien la vaya a leer le quiere decir que cada persona vive un proceso diferente que no puede ser generalizado. Además, resalta que, desafortunadamente, ella es testigo de que a las mujeres nos sigue costando poder posicionarnos con las ventajas que tienen los hombres en todos los ámbitos.

Le doy gracias de nuevo a Margarita por darme la oportunidad de sentarse a hablar conmigo. Alguna vez alguien muy cercano a nosotras y además muy querido, me dijo que mi madre había logrado canalizar todas las cualidades del género femenino de nuestra familia para ponerlas a su favor y así posicionarse en un lugar que le permitiera potenciarlas. No me cabe duda de que ella es esa máxima expresión.

¡Gracias!

Atentamente, tu hija, Laura Chontal.



Hijas de la abuelita Rosa. Fotografía del baúl de las memorias de Laura Chontal.

De izquierda a derecha, se encuentran mi bisabuela Rosa, mi abuelita Marina, mi mamá Margarita y yo, Laura. Estamos en los campos de Boyacá, de allí venimos, nos encontramos en la casa que mi bisabuela le heredó a su hija. Somos mujeres fuertes y, sin duda, podría decir que es el

mayor legado desde el que nos identificamos nosotras mismas y desde el que muy posiblemente nos reconocen los demás. Detrás de esas sonrisas, hay mil historias y detrás de ese abrazo que cada una le da a la otra, la tranquilidad del amor que nos tenemos.

CONCURSO MEMORARÉ

CUENTOS , CRÓNICAS Y FOTOGRAFÍAS A LA
MEMORIA FAMILIAR E INTERGENERACIONAL

La vida familiar es un río en el cual fluyen dolores, alegrías, silencios, amores, conflictos, secretos y la vida en todas sus expresiones. Desde allí, invitamos ampliamente a la creación de cuentos, crónicas y fotografías, concebidas en el acto de memorar las hebras misteriosas y mágicas que componen las memorias familiares e intergeneracionales. Así, en la siguiente parte se presentan las obras ganadoras del concurso.

38 JUAN JOSÉ CASTRO CULMA Universidad Distrital Francisco José de Caldas

“XXVII

*“Eludir el nombre directo de las cosas
es convocarlas de manera más elocuente.”¹*

Allí estaba el borde. Probablemente en el pasado mantuve ciertas promesas de distinción y certeza. Tenía, por ejemplo, geranios enormes al salir de casa, un plato de galletas junto a un vaso de chocolate caliente y varios estruendos de voces alegres que resonaban alrededor de mi habitación. En los recuerdos, esos instantes se deshacen entre las responsabilidades y la seguridad de estar *acobijada*. Ya no me siento joven y no es que me moleste, es que siento que tengo que marcharme.

Escuché la puerta del ascensor. Cuando se abrió, noté la voz de unos niños, un par de mujeres sujetadas de sus brazos y un grupo de trabajadores, al final un hombre. Fijé mi mirada en él, sus ojos se interceptaron con los míos, ahí estaba toda la mansedumbre y el cansancio. A pesar del adelanto que proporciona la ciencia, estábamos tan evidentemente indefensos. El hombre continuó su recorrido, pensé en la tranquilidad de su cuerpo, evocó a papá: “pensar claro y hablar claro, no dejarse engañar”. Es fácil recordar a papá cuando estoy sola; me gustaría que no hubiera sufrido nunca en su vida.

Revisé algunas fotografías mientras el tiempo transcurría. Luis Carlos y yo, llenos de

¹ Cristina Peri-Rossi. *Los exiliados*.

memorias y colores pintados, él con su rostro encerrado en sí mismo y yo con unos besos de María Angélica en mi frente. Dicen que desaparecen, que las cosas no vuelven a verse cuando no se nombran, que la memoria es selectiva con la intimidad. La casual compañía que generosamente nos alienta, que dice: “esto te depara la vida; a las personas buenas como tú, Dios las bendice”. Nunca te dicen que el pariente se escapa y olvida a la familia, que lentamente se le enfría el corazón y deja caer sus alas.

No he crecido en la violencia o en la tragedia, estoy aquí por una serie de circunstancias que no me trato de explicar; el espacio amplio y largo que conecta con diferentes partes del edificio, luces fluorescentes en el techo que proporcionan iluminación uniforme, paredes pintadas de colores suaves y neutros, distintos pisos de losas de fácil limpieza. Yo, en el borde, en esa baldosa hueca que todos saben frágil pero que, de igual manera pisan, allí pertenezco.

Nunca esperé decidir hacer algo valiente o violento. ¿Dónde concluye mi camino? Imaginé situaciones semejantes. Quise encerrarme en ese jardín lleno de vida y de frases que detenían menudamente mi corazón: “es una elección, hija, tan solo es una opción; si quieres ser feliz, aléjate de la gente en este rincón del jardín”. Estaba en la habitación, la luz del sol era nítida, las paredes alumbraban el espacio. El televisor estaba apagado, y de papá solo quedaban los rastros de su olor.

La casa flotante permanece deshabitada, es como estar echando humo y derruir paso a paso el lugar de origen, esparciendo carbón, suspirando vendavales, llorando gasolina. Gradualmente nos convertimos en figuras de ceniza, somos un grupo de sombras unidas que hoy se desvanecen;

dispersados los hijos, quemados los abuelos. Respiro ilusiones. He sepultado al geranio que sostuve en mi maceta, no luce brillante de colores, sus cuatrocientas especies las apalí, su variedad de flores oscurecidas para siempre.

Antes de empezar a dormir, decidí dejar todo a la vista. Terminé de hacer el inventario y sostuve en mis manos el cuaderno de mamá. Cercanas estaban sus palabras, cómo se sentía, qué faltaba, viejas anotaciones sobre la repartición de deberes en la casa. El amanecer está demasiado lejos. Noté un detalle. Cuando era niña, logré la autonomía que se alcanza cuando la casa ejerce un requerimiento en la familia según el cual todos “tenemos” que abastecerla de tiempo y cuidados.

Los momentos para compartir con mamá eran los mismos que empleaba para revisar las tareas del colegio. Mi inocencia se fue flotando junto a los gritos furiosos. En las orejas recaía la culpa: “¿Cómo es posible que usted con diez años y todavía no cuide las hojas de los cuadernos!”. Esas palabras taladraron mi corazón, empujándome al rincón del baño ya que mamá no soportaba el llanto injustificado.

Parece que el mundo de la memoria es una sobrevida. Recordar la vitalidad de su voz, la firmeza de sus músculos al levantar la mano, el brillo de sus ojos, su vocación de permanencia, esa seguridad de longevidad. Negar la separación porque me muero poco a poco, porque las cosas que ya no conoceremos serán tan violentas e inolvidables como los rugidos que me recordaban el temor de verte así de vigorosa y repleta de energía, porque hoy las orejas están en tu cuaderno y yo no tengo energía en mi cuerpo ni ánimo en mis ojos. Esta noche, solas, donde casi concluye el camino, de pie ante el borde. Sola, sin gritos a los cuales temer.

40 SOFÍA SANTACRUZ VALENCIA *Universidad Nacional de Colombia ~ sede Bogotá*

Se sentó frente al computador, abrió la carpeta donde guardaba los cuentos que tenía inconclusos. 13 de julio de 2022. Dos años. Se sintió juzgada ¿por quién? por ella, por sus ancestras, por nadie tal vez. No había sido capaz de ser constante con los poemas.

Puso música. Los primeros acordes del piano siempre la hacían sentirse emocionada, le recorría un escalofrío suavcito y ganas de llorar que le cerraban de a pocos la garganta, tocó las letras que tenía tatuadas en el costado izquierdo justo cuando la cantante argentina las estaba declamando a través del parlante. ¿Qué habrá pasado por la mente de Alfonsina segundos antes de sumergirse en el mar? ¿Habrá esperado encontrar sirenitas y un grupo de caballitos de mar

esperándola? Tal vez no, tal vez solo esperaba que el arrullo del mar la balanceara hasta caer en el sopor del cansancio que tendría su cuerpo al hacer los esfuerzos instintivos por respirar.

Llevaba mucho sin escribir, creo que eso ya lo dije, ¿no? No estoy segura, a veces es difícil seguir el paso de quienes caminan despacio. Uno olvida dónde estuvieron hace un segundo y las razones por las cuales se habían movido. ¿Mencionar que amaba a las poetisas? Había algo mágico, una suerte de complicidad al leerlas. “Las mujeres escritas por mujeres son más reales”, repetía siempre que le preguntaban las razones por las que, poco a poco, había comenzado a abandonar a los autores que la acompañaron toda su adolescencia para cambiarlos por mujeres que le susurraban

nuevas historias al oído. Quién sabe si se habían aburrido de ella o, quizá, nunca estuvieron ahí. Lo que nunca contó, es que las leía porque en el fondo esperaba ser una de ellas.

“Vivía en un estado impreciso de malestar emocional”, tecleó despacio midiendo cada letra. ¿Dónde había leído antes esa frase? Probablemente en alguno de sus cuentos viejos, patética situación esa de plagiarse a sí misma.

Devolvió la canción al inicio y la escuchó por segunda vez, le gustaba imaginarse a Mercedes cantando, envuelta en un chal rojo, con los ojos entrecerrados mientras sonreía. Lo gracioso era que nunca había visto en vivo a Mercedes Sosa, mucho menos la había conocido... pero sí a su tía.

Era silenciosa, le gustaba la televisión y bordar, se emocionaba con la farándula internacional, veía todas las novelas y era una enciclopedia andante. Decían que había querido estudiar Historia, que de joven era bellísima, que le encantaba viajar y salir a bailar con sus amigas. De eso no tenía certeza, se habían encontrado cuando ya su cuerpo era prisionero en un trono de metal, sus manos no funcionaban bien y pasaba los días encerrada, viendo a los niños jugar por la ventana de la sala.

Una vez escuchó a su tía sollozando... ¿O tal vez estaba llorando? Entró casi en silencio al cuarto que quedaba al fondo de la casa familiar, estaba oscuro y cantaba una mujer. Su tía tenía los ojos cerrados y cantaba al unísono por lo bajo. Se sentó en el piso, apoyó la cabeza en las rodillas de la mujer que, desde una silla de ruedas, le había enseñado a bailar salsa y tejer a punto de cruz. Cuatro minutos y cuarenta y un segundos exactos estuvo escuchando atentamente. Ese día aprendió que la música no solo se baila, alguna puede

ser poesía, cartas de despedida, manifiestos revolucionarios y cuentos cortos. Aprendió de Silvio, de Carlos y de Mercedes.

Se convirtió en un ritual, luego del almuerzo y cuando todos en la casa estaban tomando la siesta reglamentaria, se iba caminando en puntillas para no despertar a nadie, entraba al cuarto, cerraba la puerta para que su tía le mostrara canciones y le contara historias: de cómo Alejandra había decidido abrazar a la muerte como una amiga más, cómo Victoria les había cantado a los estudiantes durante la dictadura y cómo Marina había decidido vivir a través de las letras que otros escribían casi especialmente para ella.

Marina partió. ¿Ya mencioné que llevaba varios meses sin leer, sin escribir? Lo que nunca contó, es que leía mujeres porque en el fondo esperaba verla, a ella, otra vez, entre las letras que encontraron juntas.

Tal vez la fascinación que tuvo de joven con los cánticos del pueblo hechos con gritos en las calles eran la manera más cercana de sentir el calor de los abrazos que su tía le daba cuando Víctor le enseñaba a no cantar por cantar. Tal vez la cantidad absurda de poemas que había escrito a escondidas eran un montón de cartas que Marina nunca iba a llegar a leer.

Se acomodó frente a la silla del computador, miró la página en blanco.

“Y si muero ¿qué poemas nuevos podría ir a buscar?”

Escribió, antes de salir a caminar.



SEREMOS LAS ÚLTIMAS

ANÓNIMO

Universidad Nacional de Colombia ~ Sede Bogotá

Las memorias divagan de cuerpo en cuerpo por la línea familiar hasta encontrar un lugar donde manifestarse. A veces qué difícil es mirar los rincones de lo que no quiere ser escuchado y preguntarse tantísimas veces por qué, por qué, por qué...

De niña amaba escuchar las historias en voz de mi mamá, era muy curiosa y podía pasarme horas repasando las historias en mi cabeza pensando en partes que no me quedaban del todo claras. Todo iniciaba con una anhelante pregunta:

—Mami, ¿podrías acariciarme cinco minutos?

Unos ojos fieros, pero de voz amorosa respondían:

—Bueno, pero solo cinco.

Yo corría emocionada hacia mi cuarto, acomodaba las cobijas y le dejaba a mi mamá la almohada más cómoda, esperanzada de que se quedaría a dormir conmigo toda la noche. Ella solía llegar al ratito, apagaba la luz y se acomodaba encima de las cobijas, sus manos, que olían a comida, trazaban círculos alrededor de

mi mejilla. Entre nosotras se instalaba un silencio tranquilo que era interrumpido minutos más tarde por su voz:

—Mañana te vienes con cuidado por la acera; ten cuidado al pasar la avenida. Si ves que vienen muchos carros, me esperas ahí, que yo llego.

Mamá siempre comenzaba por recordarme algo que tenía que hacer al otro día.

—Sí, señora —respondía yo. Luego decía: —Mami, ¿mi abuelito te recogía en el colegio cuando eras niña?

—No, su abuelo nos mandaba a estudiar y cuando salíamos teníamos que llegar al Olivo, ¿se acuerda de la finca que fuimos a visitar cuando fuimos donde su abuelito?, — me preguntaba mientras su cuerpo se reacomodaba en la cama.

—Sí —susurraba.

—Nosotros cogíamos derecho desde la escuela por todos los lotes para llegar a

tiempo a trabajar, su abuelo nos contabilizaba el tiempo y si llegábamos un minuto tarde nos mandaba a cortar leña, —dijo mientras sus manos se detuvieron.

—¿Por qué era malo? —pregunté yo mientras me acomodaba más cerquita de ella.

—Donde tocaba cortar la leña era bien arriba y tocaba subir el monte, eso era lejos de donde estaban los obreros y cuando llovía a mí me daba miedo que me cayera un rayo por ahí...

Crecer con la voz de mi mamá hilando recuerdos de su propia historia hizo que mis memorias y las suyas se entremezclaran en mí, en líneas temporales difusas. La mayoría de las veces me quedaba dormida, arrullada por su voz y sus dedos acariciando mi cabeza. Casi siempre dormía profundamente toda la noche; pero, en algunas ocasiones, mi mente retenía el recuerdo de sus palabras y soñaba con el Olivo.

El sueño solía ser el mismo, una muchacha corría cuesta arriba por un pastizal; su corazón latía desbocado, atenzado por un miedo profundo y visceral, causado por el joven que la perseguía. Sus manos se agarraban con torpeza a las raíces del forraje. Por encima del aguacero que arreciaba el monte, se podía escuchar su apresurada respiración. De repente, sus pies tropezaron con una zanja y su cuerpo rodó por la ladera hasta quedar extendido sobre la hierba tras un sonoro golpe contra la raíz de un árbol de pino. Temblorosa y en el suelo, volteó su cuerpo; con ayuda de sus manos se arrastró hasta recargar su espalda en el tronco del árbol. En su cara pálida y adornada de pecas, brillaban como brasas ardientes un par de ojos color miel; eran los ojos de mi madre quien observaban con premura la arboleda

buscando la figura de aquel joven hombre que la acosaba

—¡Por favor, no lo haga! —gritaba mamá.

De pronto, el dolor de mamá se hizo presente en mi pecho, sus lágrimas eran las mías, su miedo era mío, mi enojo era el nuestro, porque ahora no era ella la que huía en el sueño, sino una pequeña niña de ojos negros y mirada asustada que escudriñaba la noche buscando la silueta de un hombre. Su cuerpo, cubierto con tan solo un pijama, tiritaba de frío; sus pasos lentos y cuidadosos sobre la helada losa de piedra competían con las gigantescas ganas de correr. Contrario a su deseo, la pequeña se detuvo frente a una puerta verde y tímidamente golpeó la madera. Desde el interior, una voz adormilada preguntó:

—¿Quién?

—Soy yo, abuelita, quería saber si podía dormir contigo.

En mi sueño, el hombre no surgía de la negrura para llevarme con él; en su lugar, aparecía mi madre, quien tomó mi mano entre la suya mientras el cielo comenzó a clarecer. A nuestro alrededor los muros desaparecían y solo quedaban los pastizales humedecidos por el rocío y los altos eucaliptos mecidos por el viento. Allí, ya no éramos madre e hija, sino cientos de mujeres en una sola alma conectadas por un mismo dolor que se negaba a salir. Podía sentir el desconsuelo de todas. Voces atoradas en el tiempo, en gargantas de muchas otras que vinieron después. Silencios adormecidos que despertaban y querían hablar de una culpa inmensa que yo no quería cargar más y, obstinándome en esa idea, mi voz se hizo más fuerte entre las otras declarando:

—Seremos las últimas.

ENTRE CARNES

44

MARÍA CONSUELO GAITÁN CLAVIJO
Pontificia Universidad Javeriana

Hace calor, siempre hace calor, ese calor que se pega a la piel. Salgo con mi vestido blanco que toca el piso de la iglesia, lleno de arandelas abajo de la cintura y encaje en la parte superior. Llevo unos zapatos también blancos, una corona en la cabeza, encima de la trenza de pescado que me hicieron para la ocasión, y, para completar el atuendo, un ramo artificial en mis manos.

Tengo 10 años, es el día de mi primera comunión, hubo fiesta, piñata, torta, comida; en fin, todo lo que había deseado para ese día. Pero no es sobre la fiesta o ceremonia religiosa sobre lo que quiero hablar, de ello solo tengo un recuerdo tenue. Sobre lo que quiero hablar es del lugar al que fui justo antes de la fiesta y después de la iglesia. El pabellón de carnes de la plaza de mercado de Honda.

Salgo de la iglesia, atravesamos el parque, bajamos la cuesta San Francisco, bajamos las escaleras, luego cruzo la calle y subo un par de escalones, entro al pabellón por la puerta central. Mi mamá me explica que debo entregar los registros a cada una de las personas. Los registros son unas tarjetas con una leyenda e imagen religiosa y mi nombre con la fecha de ese día, 8 de diciembre de 1990. A cambio me darán dinero que debo meter en el bolsito bordado que llevo colgado, donde ahora tengo los registros.

Así que empiezo a caminar por el corredor central, a lado y lado están los puestos de carne. El piso es de tierra, el techo muy alto, las paredes blancas con una línea gris gruesa en el centro. Cada puesto tiene pintado su nombre, algunos, incluso tienen un dibujo. También una pesa que

cuelga de una cuerda atada. Hay dos reses dibujadas en las paredes de los extremos, algunos afiches de campañas políticas pasadas, y carnes de res y de cerdo que cuelgan. En los mesones de baldosa blanca hay patas, ubres, hígados, distintos tipos de carnes, cuchillos afilados y salpicaduras de sangre. Yo sigo caminando con mi vestido blanco impoluto, entrego a cada carnicero o carnicera el registro, a cambio recibo billetticos, casi todos de 200 pesos, que meto en el bolsito.

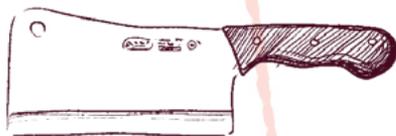
El primer puesto con el que uno se encuentra, si se entra por la puerta central, es el de la señora Agustina, una mujer gruesa, fuerte, morena, con el pelo crespo corto. Está bien arreglada, con labial rojo, con su delantal completamente blanco. Su lugar de trabajo está limpio, es una figura imponente, me sonrío. Todos la saludan con mucho respeto como “Doña Agustina”; varios de los que atienden en los puestos continuos, casi todos hombres, le dicen “tía”. Es claro que es la matrona del lugar. Entre los carniceros hay camaradería, risas, chistes; algunos toman cerveza. Es un ambiente festivo. Las personas que compran también son conocidos, se saludan por los apodos. Circulan señoras, niños, jóvenes, hijos, esposas; es un ir y venir de gente que compra carne.

Al otro extremo, justo al lado del reloj que cuelga en la pared, está el puesto de Saúl. Le dicen “el tonto”, es el más viejo del lugar, estatura media, muy flaco, pantalón café, camisa a rayas, chancletas y un cigarrillo en su boca que parece que nunca se terminara porque siempre está prendido entre sus labios. Habla y se ríe con los demás, casi no tiene dientes, le quedan como tres. Corta la carne con precisión y tranquilidad. También me sonrío. Me ofrece una silla donde me puedo sentar.

Para este momento, supongo ya se estarán preguntando qué hago justo el día de mi primera comunión, con mi vestidito blanco en una carnicería. Cada uno de los puestos por los que acabo de pasar a entregar los registros es de personas que hacen parte de mi familia paterna. Doña Agustina es mi tía, tía realmente de mi papá, pero, como mi papá no tuvo hermanos y su mamá lo abandonó muy chiquito, fue criado por su abuela y por la tía Agustina, quien crío casi a todos los que están en ese pabellón y aún sigue criando niños ajenos. Mi tía, una señora fuerte, grosera, amorosa, recia, divertida, una carnicera.

Y Saúl, “el tonto”, hermano de Doña Agustina, es mi abuelo, el papá de mi papá. Él nunca me regaló libros, ni me leyó cuentos, pero sí me regalaba carne, carne blandita, para asar. También nos regalaba patas, patas de res. Mi mamá las odiaba y le decía a mi papá que por qué nos daba esas patas y no carne pulpa. Generalmente las patas no llegaban a Bogotá, mi mamá se encargaba de repartirlas antes de que regresáramos.

Soy de una familia de carniceros, mis abuelos, mis tíos, mis primos vivieron de la carne; ahora son pocos los que se dedican al oficio. Mi papá se fue muy joven de Honda, no fue carnicero y, creo que justamente por eso, hoy no vendo carne, sino que escribo esta historia.



LA ACCIÓN MÍNIMA DE LAS AGUJAS

DIYANI FELIPE AGUIRRE AYALA
Universidad Distrital Francisco José de Caldas

46



¿Por qué hay hilos y agujas en mi casa? Esta fue la pregunta inicial con la que nació esta “escanografía”, en la que reuní una fotografía de mi archivo familiar y varios objetos que actúan como vestigios de esos oficios, como la costura y el tejido, que prevalecen y han mantenido

económicamente a mi familia. Este hacer con las manos está presente en la construcción física del hogar (manteles, sábanas, cortinas y decoración tejida), y en una construcción afectiva y social de este mismo hogar donde construimos y nos construimos las puntas de estas agujas.

CONTEMPLACIÓN

Laura Catalina Torres Avendaño
Universidad Nacional de Colombia ~ Sede Bogotá



Casi siendo las 5 de la tarde el viento empieza a soplar, le digo a mi abuelito que agosto se acerca... Él está sentado mirando a la nada en el cielo y luego confirma la hora; yo, mirando un pájaro que ha parado en el patio. Me dice algo que no logro oír, lo miro con atención y me sonríe con complicidad. Me dice que el tinto por fin lo ha calentado...

Pasan los minutos y casi se ha quedado dormido. Sonríe con ternura, me invade la gratitud de ese pequeño momento de contemplación y silencio juntos.

LAS MANOS DE MI MADRE

ANDREA SOFÍA GARCÍA PARRA
Universidad Nacional de Colombia ~ Sede Bogotá



48

Ana Esther Parra de García, hija de la tierra y labradora de caminos, la gran matriarca, que con sus manos creó, sostuvo y alimentó a toda la familia. Ella y sus manos siguen pelando papas de manera ritual todas las tardes, ella sigue siendo núcleo, amor y profunda fuerza. A sus manos les debo todo.

HERENCIA

LAURA DANIELA CHONTAL QUEMBA
WENDY YARICKZA PIMENTEL ORDUY
ANGELA NATALIA RANGEL SALAMANCA
DIANA MARCELA BOCACANEGRA TIBAQUIRA
DANNA KATHALINA GARCÍA BERNAL
Universidad Nacional de Colombia - Sede Bogotá

Mi familia es muy desordenada
deja por toda la casa
tirados en cualquier lado un montón de
dichos
costumbres
sermones
y muestras de amor.

Mi abuela, tejedora de sabiduría,
los recoge con paciencia,
los vuelve parte de una gran obra
en la que todos somos participes y
protagonistas.

La risa de la tía Clara,
las aventuras de mi tío Juan,
los primeros pasos de la pequeña Sofí...

Todo se mezcla,
se anuda,
se anida,
hace juego
y, finalmente, se convierte en esta gran
herencia que cargamos después de cada
nombre.



Estas memorias se terminaron de tejer
en febrero del 2025 en Bogotá D.C.

Para su elaboración se utilizaron las familias
tipográficas

Lora
MARON BARISTA

con el apoyo del
Programa de Gestión de Proyectos
de la Universidad Nacional de Colombia
~ Sede Bogotá ~



E
M
O
R
A
R
É

~

I